

Galimberti, Cecilia Inés. Paisaje cultural y región. Una genealogía revisitada... *GeoGraphos*. [En línea]. Alicante: Grupo Interdisciplinario de Estudios Críticos y de América Latina (GIECRYAL) de la Universidad de Alicante, 4 de julio de 2013, vol. 4, n° 54, p. 542-563. [ISSN: 2173-1276] [DL: A 371-2013] [DOI: 10.14198/GEOGRA2013.4.54].



<http://web.ua.es/revista-geographos-giecryal>

Vol. 4. N° 54

Año 2013

PAISAJE CULTURAL Y REGIÓN. UNA GENEALOGÍA REVISITADA...

Arq. Cecilia Inés Galimberti
Doctoranda en Humanidades y Artes - Mención Historia
Universidad Nacional de Rosario (Rosario, Provincia de Santa Fe, Argentina)
Correo electrónico: cecilia.galimberti@gmail.com

Recibido: 27 de marzo de 2013. Aceptado: 4 de julio de 2013

RESUMEN

Los conceptos de paisaje cultural y región constituyen a lo largo del último siglo componentes esenciales en el estudio de la geografía, el territorio y la planificación. Los mismos, a lo largo de todos estos años, han sido objeto de diversos debates, enfoques, reflexiones epistemológicas y perspectivas de acción. En este sentido, el presente artículo se propone realizar un recorrido sobre la genealogía histórica de estos términos a fin de poder reflexionar sobre cuál es su rol e importancia en la actualidad, ya que estos conceptos han tenido y siguen teniendo un papel fundamental en el proceso de formación, consolidación y mantenimiento de las identidades territoriales.

Palabras clave: Paisaje cultural, Región, Geografía, Planificación, Identidad territorial.

CULTURAL LANDSCAPE AND REGION. A GENEALOGY REVISITED...

ABSTRACT

The concepts of cultural landscape and region are essential components in the study of geography, territory and planning throughout the last century. The same, throughout all these years, have been subject of various debates, approaches, epistemological reflections and perspectives of action. In this sense, this article intends to make a tour on the historical genealogy of these terms in order to be able to reflect on what their role and importance at present, since these concepts have had and continue to have a key role in the process of formation, consolidation and maintenance of territorial identities.

Key words: Cultural Landscape, Region, Geography, Planning, Territorial Identity.

PAISAGEM CULTURAL E REGIÃO. UMA GENEALOGIA REVISITADA...

RESUMO

Os conceitos de paisagem cultural e região são componentes essenciais no estudo da geografia, território e planejamento ao longo do último século. O mesmo, ao longo de todos estes anos, têm sido assunto de vários debates, abordagens, reflexões epistemológicas e perspectivas de ação. Neste sentido, este artigo pretende fazer um passeio sobre a genealogia histórica destes termos, a fim de ser capaz de refletir sobre o seu papel e importância no presente, uma vez que esses conceitos tiveram e continuam a ter um papel fundamental no processo de formação, consolidação e manutenção de identidades territoriais.

Palavras chave: Paisagem cultural, Região, Geografia, Planejamento, Identidade territorial.

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas, frente a los diversos procesos de transformación que suceden en los territorios contemporáneos, nos enfrentamos a la necesidad de abordar nuevas metodologías y formas de gestión de las ciudades y el territorio que tengan en cuenta las particularidades de cada lugar; especialmente, a través de su historia y de los vínculos espaciales establecidos entre la naturaleza y el hombre a través del tiempo. Es así que, en las últimas décadas, desde el urbanismo, la geografía y la planificación nos encontramos con una relectura de los estudios regionales y los paisajes culturales. Los mismos se presentan como conceptos clave para el estudio de las transformaciones territoriales entendidas como resultado de la interacción de sus componentes ambientales y culturales. De este modo, estos conceptos toman nuevamente relevancia; ya que se plantean como dispositivos que nos permiten abordar la complejidad del territorio. Por este motivo, el presente trabajo se plantea reflexionar sobre ambas

categorías a través del estudio de su genealogía histórica, a fin de comprender su potencial en la planificación territorial contemporánea.

Desde finales del siglo XIX y principios del siglo XX cobra interés en los estudios geográficos la trilogía paisaje-cultura-región. En Vidal de La Blache, por ejemplo, el paisaje es la fisonomía característica que nos revela una porción del espacio concreta, una región; distinguiéndola a su vez de otras. En Patrick Geddes vemos a la región como símbolo de la integralidad entre el orden natural y el orden cultural. Es en la región donde las relaciones sociedad-naturaleza se cristalizan, teniendo un carácter que la hace única e irrepetible y, que se materializa y visualiza a través del paisaje. En la obra de Carl O. Sauer, dicha trilogía toma un enfoque particular, bajo el estudio de los “paisajes culturales”. A su vez posteriormente, se retoma esta perspectiva a través de posturas fenomenológicas-existencialistas y humanistas mediante una búsqueda de la esencia del paisaje a través de la mencionada trilogía, pero expresada por éstos como paisaje-identidad-lugar, a partir del cual se revaloriza a la región como espacio vivido, poniendo énfasis en los aspectos variados de las relaciones entre el ser humano y su entorno (Nogué, 2007, p. 1989). Es así que, en la actualidad, el análisis crítico y articulado de los diferentes lineamientos fundados a lo largo de la historia, lleva a la convergencia y complementariedad de los mismos, a fin de generar una perspectiva renovada y creativa para abordar la complejidad contemporánea.

NUEVAS MIRADAS EN EL CURSO DE LAS IDEAS CIENTÍFICAS. EXPLICACIÓN VS COMPRENSIÓN

En la ciencia, la reflexión epistemológica surge normalmente de una crisis¹ a partir de la cual se ponen en cuestión tanto las formas de proceder como los fundamentos aceptados previamente. Es de remarcar que dicha crisis, no surge de modo inesperado sino tanto como resultado de una serie de cambios socio-culturales, como de la misma historia de las ideas (Mardones, 1994). Es así que para superar aquella crisis, aparecen nuevos planteamientos que intentan dar respuesta a las críticas emitidas hacia la postura anterior; generando de este modo rupturas epistemológicas² en el desarrollo del saber científico y la adopción de nuevos paradigmas, dando lugar a las revoluciones científicas que obligan a la adopción de nuevos términos y concepciones. Como explica T. Khun (1971), estas revoluciones científicas dan testimonio de la unión indisoluble entre el descubrimiento de nuevos hechos y la invención de nuevas teorías para explicarlos, con una nueva imagen o visión del mundo.

M. Foucault (1973) sostiene que hay dos grandes discontinuidades en la episteme occidental, por un lado aquella que se inaugura hacia mediados del siglo XVII, con la época clásica; y por el otro, aquella que señala el umbral de nuestra modernidad a principios del siglo XIX. De este modo, el nacimiento de la geografía como ciencia moderna se realiza precisamente tras la última ruptura epistemológica, justamente en el marco de la *episteme* contemporánea. Es así que, el nacimiento de las ciencias humanas se hace posible por la ruptura fundamental que separa la *episteme* clásica de la moderna.

¹ Piaget destaca que “la reflexión epistemológica nace siempre con las “crisis” de esta o aquella ciencia, y que sus “crisis” resultan de alguna laguna de los métodos anteriores que van a ser superados por la aparición de nuevos métodos” (Piaget 1967; citado por Capel 1981).

² Según fundamentan Bachelard y Foucault (1973 y 1966, citado por Capel 1981).

Entonces, en el desarrollo científico existen discontinuidades, en donde la ciencia progresaría mediante un desarrollo no lineal, presentando así, en cada una de las fases, rupturas respecto del saber anterior³.

Es así que en el siglo XIX se identifican dos grandes posturas científicas distintas: el positivismo y el antipositivismo, también comúnmente llamadas naturalista e historicista. Esta contraposición entre naturaleza e historia trae aparejado la distinción de dos tipos de métodos: la explicación y la comprensión, siendo métodos propios de las ciencias naturales y las humanas respectivamente. Resultando así, el naturalismo y el historicismo, dos posiciones metodológicas contrapuestas. La comprensión historicista conduce a la aceptación en el conocimiento científico de facultades como la intuición, sensibilidad o sentimiento poético, que no serían aceptadas para el positivismo. Desde la postura historicista, sólo se puede comprender la vivencia de las ciencias humanas o del espíritu, a través de un conocimiento empático, mediante el contacto directo inmediato del objeto que se quiere entender, penetrando dentro del mismo. Por lo cual, la aprehensión de la realidad social requiere un conocimiento comprensivo que parta de lo vivido en su totalidad y que contemple las individualidades históricas reconstruyendo las vicisitudes históricas o biográficas (Capel, 1981).

J. G. Droysen fue el primero en distinguir las diferencias entre explicación (*Erklären*) y comprensión (*Verstehen*), indicando que ésta última representa la concepción metodológica de las ciencias humanas. Para este autor el ser humano expresa su interioridad mediante manifestaciones sensibles y toda expresión humana sensible refleja una interioridad. No captar en una manifestación, hecho histórico-social o conducta esa dimensión interna significa no comprenderlo. A su vez, W. Dilthey hace hincapié en la pertenencia del investigador como de la realidad investigada al mismo universo histórico, a aquel mundo cultural e histórico del hombre. De manera que, existe una simbiosis entre sujeto-objeto que permite la comprensión desde dentro de los fenómenos histórico-social-humano. El investigador está inmerso en la propia realidad que estudia. Entonces para W. Dilthey, la comprensión se funda en esa identidad sujeto-objeto, propia de las ciencias del espíritu. M. Weber a su vez, siguiendo a H. Rickert, insiste en la comprensión como el método característico de las ciencias humanas, cuyos objetos presentan una relación de valor que hace que dichos objetos se nos presenten relevantes, con un significado que no poseen los objetos de las ciencias naturales; es así que, el investigador llega a la comprensión de tal significado porque comparte con el objeto los valores que atribuyen el significado (Mardones, 1994).

DESARROLLO DE LA ESCUELA REGIONAL Y DEL PAISAJE

Como plantea Horacio Capel (1981), a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX surge una fuerte oposición al positivismo, reflejándose en el rechazo del monismo metodológico la crítica al modelo naturalista de la ciencia y de la afirmación correlativa de la antinomia naturaleza-historia. A su vez, en el mismo período, se desarrolla la escuela regional y del paisaje, la cual aboga por el carácter idiográfico de la ciencia e incorpora una inflexión en la metodología científica que acepta facultades como la

³ Como también así de los problemas planteados, de sus métodos y en cuanto a las teorías (Capel, 1981).

intuición, desplazando el objetivo del conocimiento científico desde la explicación a la comprensión de una realidad que se considera compleja. Desde esta postura se da una nueva valoración de la geografía regional, integrando así la idea de interrelación entre los elementos heterogéneos que se combinan en el espacio.

Desde principios del siglo XIX, el paisaje se constituye como objeto de estudio esencial de la investigación geográfica. El mismo incorpora la interacción entre los distintos elementos físicos y humanos. Cada región se traduce en un paisaje, siendo éste reflejo de la diferenciación espacial. De este modo, para la geografía alemana el término *Landschaft* significa tanto región como paisaje. La región aparece como unidad singular y escenario de una conjugación particular de factores físicos y humanos expresados a través del paisaje. Como explica P. Claval (1995, citado por Cuervo González, 2003) la geografía moderna utiliza el concepto de región para dar cuenta de la heterogeneidad y diferencias del territorio (entendido tanto en el sentido físico, como fruto de la confrontación con la sociedad humana). Es así que, el paisaje surge como principal testimonio de esa confrontación, y ocupa la categoría central en el pensamiento geográfico.

Alemania y Francia

El término *Landschaft* en el contexto geográfico se asocia a la escuela de *Landschaftsgeographie* de finales del siglo XIX en Alemania y se caracteriza por ser “una ciencia del paisaje” que estudia y clasifica la forma de los paisajes y de las regiones. Uno de los exponentes de la geografía regional Alemana, es Alfred Hettner (1859-1941) quien sostiene que el estudio de la historia de la geografía demarca dos conceptos fundamentales: la geografía general (*Erdkunde*) y la geografía regional o corológica (*Landerkunde*); siendo ésta última la que constituye la verdadera esencia de la geografía. El enfoque corológico permite describir e interpretar los caracteres diferentes de la superficie terrestre; describiendo y definiendo unidades espaciales y comparándolas entre sí. De este modo, cada lugar concreto se identifica por su particular asociación de fenómenos que en él ocurren, diferenciándose a las que se dan en otros lugares. Los conceptos básicos son los de diferenciación y asociación espacial, suponiendo este último la interrelación de los diversos fenómenos que coinciden en el espacio. Es así que, el análisis regional abarca una complejidad que no tenían los estudios precedentes; los cuales se limitaban generalmente a estudiar de forma inconexa la relación de cada uno de los elementos (como el agua, el aire, el hombre, etc.) con el terreno. Para Hettner, los fenómenos físicos y humanos se encuentran íntimamente relacionados y no pueden ser separados unos de otros para su estudio. En el pensamiento hettneriano, cada territorio debe ser estudiado en su integridad sin privilegiar algunos fenómenos sobre otros, dado que la naturaleza y el hombre forman parte inseparable en la caracterización de las regiones. La región se considera como un objeto original, único e irrepetible, desde una concepción idiográfica.

A su vez, en la geografía regional francesa, existe el mismo interés por el paisaje como también hay una asociación similar entre paisaje y región. En la escuela francesa, especialmente en el desarrollo de la geografía humana, P. Vidal de La Blache (1843-1918) resulta uno de los referentes principales. La concepción historicista, espiritualista

y antipositivista, influye profundamente a Vidal, el cual estudia las problemáticas regionales así como analiza los géneros de vida. En el pensamiento vidaliano, los conceptos de contingencia, intencionalidad, libertad, historia y la especificidad de lo humano resultan esenciales; es así que, Vidal prestaba particular atención a las características inmateriales de la vida humana y a sus aspectos culturales: “Las instituciones y las costumbres no tienen figura material; pero son cosas estrechamente ligadas a los objetos que el hombre ha modelado bajo la influencia del régimen social al cual ha adaptado su vida” (Vidal de La Blache, 1902; citado por Capel, 1981). Por lo cual, insiste en la complejidad y diversidad de elementos a contemplarse desde la geografía. Para Vidal el análisis de éstos como el estudio de sus combinaciones y relaciones, resultan la trama de toda investigación geográfica, se trata de: “factores de orden diverso y de origen heterogéneo, que forman así combinaciones múltiples”. De este modo, Vidal se esforzó en concentrar la investigación en la región, integrando los distintos tipos de fenómenos en la elaboración de la síntesis regional; ya que, se considera a la región como el lugar donde se combinan y coinciden los fenómenos de carácter físico y humano y en el cual pueden estudiarse sus interrelaciones. Vidal fundamenta sobre la importancia de considerar en todo momento la complejidad de los hechos y advierte sobre el peligro de caer en la simplificación y rigidez de los acontecimientos. Para lo cual, resulta necesaria la experiencia directa del objeto, en este nuevo contexto, no se trata más de explicar sino de explicarse comprendiendo su individualidad. Resulta necesario penetrar dentro del objeto de estudio y comprender el espacio en su totalidad, para lo cual también pueden ser útiles determinadas facultades “no racionales”. Se sostiene que existe un lazo intrínseco entre los diferentes elementos, un nexo identificado bajo la noción de “medio” (*milieu*). En este medio, el hombre resulta tanto activo como pasivo, ya que resulta fuente de transformaciones como también está sujeto a influencias. Se valora así, aquellos componentes de cultura en la íntima relación dialéctica entre hombre y medio. Para Vidal era necesario partir siempre de la realidad, la cual requería ajustarse a lo concreto, al mapa y al paisaje; tratándose de una cierta realidad percibida y de una imagen como es el mapa.

Jean Brunhes (1869-1930), discípulo de Vidal, fue un pionero en la geografía francesa que hace del paisaje el elemento esencial de la construcción teórica de la geografía humana. Estudió los acontecimientos humanos que se inscriben en el suelo y que modifican la naturaleza, pero considerando que éstos a su vez resultan influenciados por ella. Este autor concibe a la geografía humana desde dos principios esenciales, el principio de actividad, desde el punto de vista que los hechos físicos o humanos se encuentran en continua transformación, con lo cual conduce a que deben ser estudiados desde una perspectiva dinámica; lo cual requiere precisar el punto en el espacio y el momento en que se producen, y luego indicar el sentido y la velocidad de ese movimiento. El segundo es el principio de conexión, a partir de la íntima relación que existe entre los hechos de la realidad geográfica, debiendo estudiarse en sus múltiples conexiones. Para Brunhes resulta necesario penetrar dentro del objeto, conocer el espacio en su totalidad y aprehender su personalidad formativa. Concibe a la región como el espacio donde se produce la combinación de situaciones, y ve al paisaje como un componente fundamental de la investigación geográfica, ya que agregaría una cuestión más teórica sobre cómo mirar el concepto regional. Hace del estudio del paisaje la clave de la construcción teórica de la geografía humana.

Otro autor en esta línea de investigación francesa, es Lucien Febvre (1878-1956), también discípulo de Vidal de La Blache, quien sostiene que es necesario preguntarse: “qué rasgos, de un ‘paisaje’ dado, de un conjunto geográfico directamente aprehendido o históricamente reconstituido, se explican o pueden explicarse por la acción continua, positiva o negativa, de un cierto grupo o de una cierta forma de organización social” (Febvre, 1922, citado por Nogué, 1989). Para Febvre el análisis del paisaje es básico para entender las relaciones entre las sociedades humanas y el medio geográfico. Entonces el concepto de paisaje de Febvre resulta ser análogo al de Jean Brunhes, ya que, para los dos el paisaje refleja la manifestación visible de la actividad humana (Nogué, 1989). Aparece entonces el paisaje como expresión de las combinaciones de las acciones que se producen en el espacio.

De este modo, el paisaje y la región han estado muy presentes en los estudios geográficos franceses. Se considera, entonces, al paisaje de las regiones como expresión morfológica de las combinaciones que en ella se producen y de su personalidad, al paisaje agrario como producto de los sistemas de cultivos adaptados a unas condiciones físicas y como reflejo de unas estructuras sociales, al paisaje geomorfológico frente a la acción de unos factores morfogenéticos y la fisonomía urbana como herencia del pasado y de la traducción morfológica de las funciones que asume la ciudad. Es así que, el prolongado dominio de los aspectos exclusivamente morfológicos (destacados por Brunhes) se han ido enriqueciendo, cargándose cada vez más de contenido cultural (Capel, 1981).

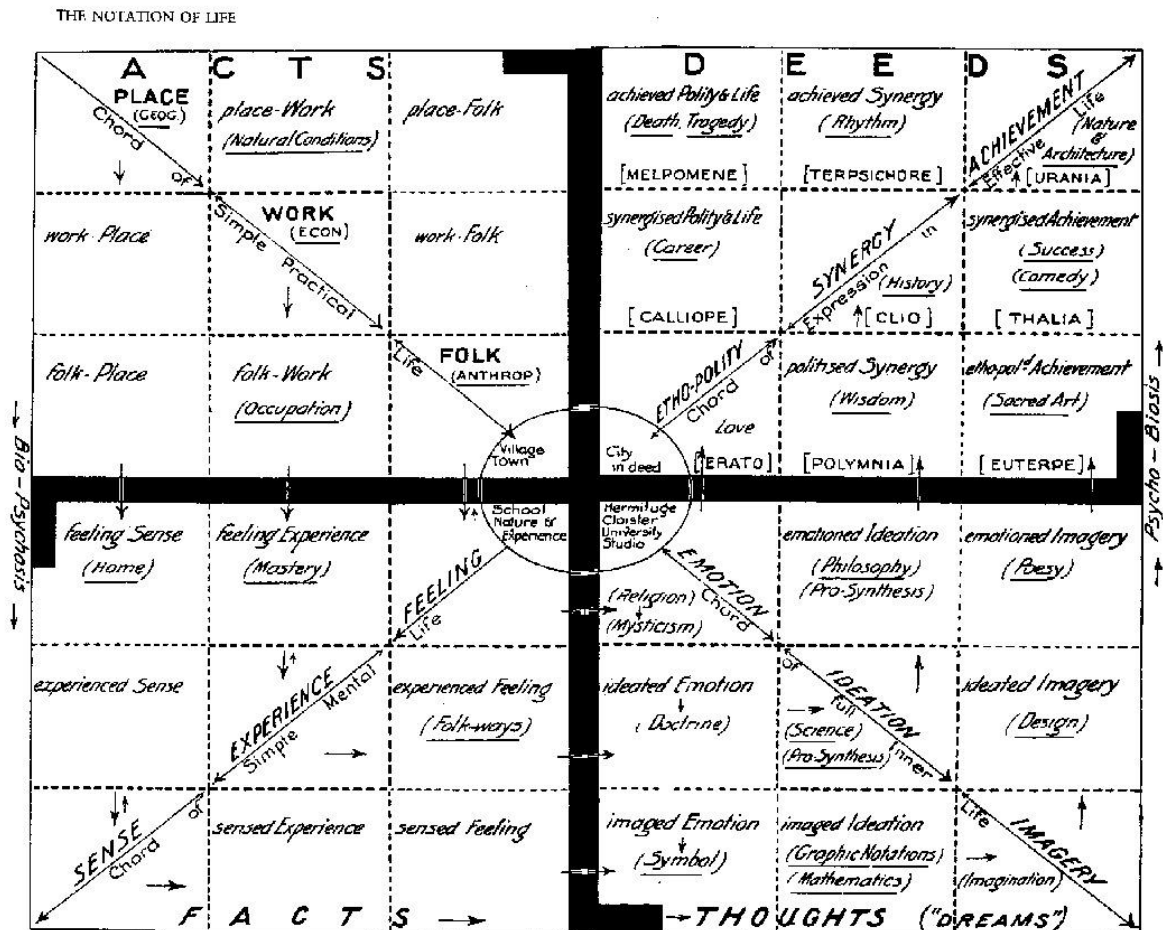
Patrick Geddes y Lewis Mumford

Patrick Geddes (1852-1932), biólogo y urbanista escocés, es considerado uno de los padres fundadores de la planificación urbana contemporánea, siendo precursor de la planificación regional y creador del término *conurbación*⁴. El mismo retoma la noción de región de los conceptos geográficos y botánicos contemporáneos a su época. Las ideas principales de Geddes procedían de la escuela francesa, tomando sus conceptos más importantes de Paul Vidal de La Blache, Élisée Reclus y Federic Le Play. Geddes (1915) sostiene que lo esencial de la tradición cultural escocesa siempre ha sido semejante a la francesa y toma de estos autores su concepto de región natural. Es así que, para Geddes la planificación debía empezar por un estudio de los recursos de la región natural, de las repuestas del hombre a esos recursos y de la complejidad del paisaje cultural resultante. Geddes, siguiendo a Vidal y a la escuela francesa, considera que el estudio regional permitía comprender un medio experimentado y activo, que era el motor del desarrollo humano siendo la región algo más que el objeto de estudio, ya que ésta permitía tener una base para la reconstrucción total de la vida social y política. Según Geddes, las ciudades deben ser entendidas desde tres puntos de vista: el geográfico, el histórico y el espiritual; aspectos de la ciudad que corresponden a su

⁴ Haciendo referencia a las aglomeraciones urbanas que invaden toda una región, a causa de la influencia atractiva de una gran ciudad. En *Cities in Evolution* de 1915, sostiene que “sería necesario encontrar un nombre para estas ciudades-región, para esta agregación de ciudades. No las podemos llamar constelaciones; conglomeración ya parece más adecuado, pero puede resultar poco apreciativo; ¿qué me dicen de “conurbación”?”

famosa tríada analítica⁵: *place, work* y *folk* (también llamada *enviroment, function* y *organism*) y especialmente a las interacciones entre éstas. Es así que, ubica a la categoría de trabajo (labor y actividades humanas) en la posición central en la relación entre ambiente y seres humanos. Para el mencionado autor el hombre se distinguía especialmente del resto de los seres vivos por su habilidad de cambiar el ambiente de manera consciente con su propio trabajo y según sus necesidades (Welter, 2002).

Figura 1. The Notation of Life



Fuente: WELTER, V. M. *Biopolis. Patrick Geddes and the City of Life*. Massachusetts : MIT Press, 2002, p. 32.

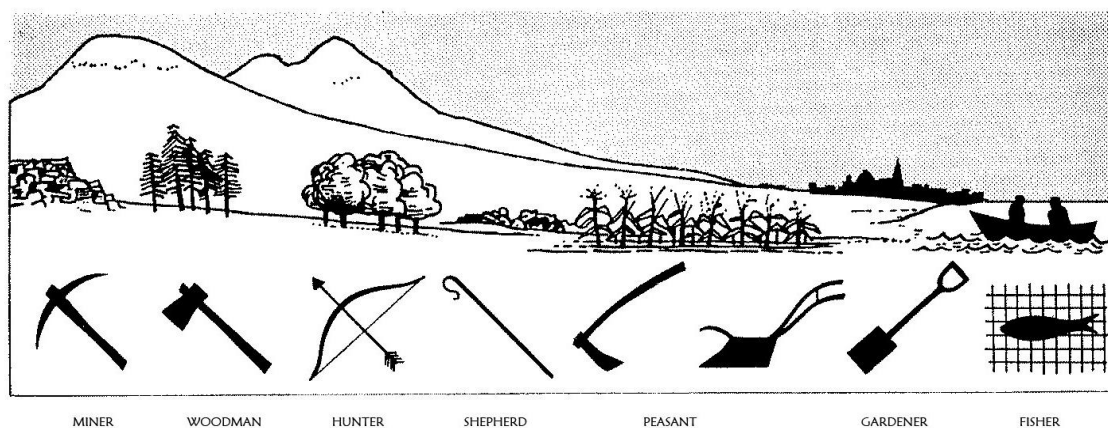
Según Geddes, cualquier asentamiento humano puede ser comprendido aplicando la tríada *place-work-folk*. Una ciudad ocupa una cierta locación, su "lugar", donde los habitantes se encuentran involucrados en todo tipo de actividades, su "trabajo". La estructura de vida mediante el trabajo y las influencias por las condiciones del lugar, los residentes forman una "población" (*folk*) con una superestructura común de creencias, tradiciones y costumbres compartidas. Pero a su vez esta tríada se encuentra estrechamente vinculada con otro de sus diagramas, denominado *The Notation of Life*, al cual podemos traducir como el Cuadro de la Vida (Figura 1), un sumario gráfico de

⁵ Dicha tríada es inspirada de la obra del sociólogo francés Frédéric Le Play, cuya filosofía social se centraba en la tríada de *lieu, travail* and *famille*.

sus ideas sobre la vida humana en relación con el ambiente (incorporando nociones psicológicas, políticas, sociológicas y artísticas, entre otras). Los cuatro términos centrales del diagrama *Town, School, Cloister* y *City in Deed*, representa lo que podría llamarse la fórmula *Town-City*, la que comprende los cuatro pasos necesarios a fin de transformar un simple poblado en una ciudad; mientras que en el exterior del cuadro, sitúa los términos *Acts, Facts, Thoughts (Dreams)* y *Deeds* que comprenden cuatro pasos a través de los cuales las vidas humanas se elevan a niveles más altos de existencia consciente. De este modo, él combina e interrelaciona sus diversos diagramas, a fin de llegar a la “ciudad completa” o “ciudad verdadera” que consiste en los cuatro componentes de su análisis (*Town, School, Cloister, City*).

Para Geddes la vida humana en su evolución sólo puede tomar una forma, que es la ciudad, la creación más distintiva, concreta y material de los seres humanos. Es así que, elige para su libro más importante el título *Ciudades en evolución* (1915), el cual tiene un significado ambiguo, que puede leerse tanto como las ciudades en su evolución, como también puede significar las ciudades en la evolución humana, refiriéndose a las funciones que cumplen las ciudades en el más amplio proceso evolutivo de la vida (Welter, 2002).

Figura 2. La sección del valle



Fuente: HALL, P. *Ciudades del mañana. Historia del urbanismo en el siglo XX*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1996, p. 153.

Sin embargo, a pesar de todos los diagramas mencionados anteriormente, aquel que más ha trascendido debido a su contribución en la planificación regional ha sido *The Valley Section* (la sección del valle) que fue publicada por primera vez en 1909 (Figura 2), en el cual no opone el campo y la ciudad como dos antagonistas, sino que los une dentro de la idea de la región del valle. La misma es una sección longitudinal que combina las condiciones físicas con las formas de ocupación básica o natural e incluye varios tipos de asentamientos que se refieren a las organizaciones sociales que surgen de las ocupaciones naturales mejor adaptadas a sus ambientes. La región del valle está caracterizada por una fuerte conexión de tres elementos mayores: ambiente físico, ocupaciones y tipos de asentamientos y como cada uno influye al otro. Es así que, en el centro de esa región se encuentra el “valle de la ciudad”, siendo allí “donde debemos ir

excavando las sucesivas capas de nuestra ciudad hasta remontarnos a los tiempos más antiguos –las oscuras pero heroicas ciudades sobre las que se ha levantado; y a partir de ahí tenemos que leer hacia arriba, visualizando a medida que avanzamos” (Geddes, 1925; citado por Hall, 1996, p. 153). De este modo, una ciudad es más que un simple elemento de una región, sin embargo, adquiere un mayor significado simbólico, como un microcosmos del macrocosmos que es el valle de la región. En la jerarquía de la sección del valle desde la aldea a la ciudad describe la relación espacial, tanto histórica como contemporánea, entre campo y ciudad, o según en palabras de Geddes: “Se requiere de toda la región para hacer la ciudad. Como el río lleva hacia abajo contribuciones de todo su curso, así cada comunidad compleja, a medida que descendemos es modificada por sus predecesores. Lo contrario sin duda también es cierto, pero normalmente en menor grado” (Geddes, 1904, citado por Welter 2002). Geddes sostiene que ha sido llevado, a partir de su estudio sobre la naturaleza viva en evolución, a contemplar la ciudad dentro de una perspectiva geográfica e histórica en la que se tengan en cuenta aquellos cambios producidos en la ciudad o en las funciones urbanas.

Con lo cual, para Geddes resulta indispensable partir de una investigación *polística*, completa y previa a la realización de cualquier proyecto urbano. Propone partir de una primera etapa, que consiste en la comprensión de los factores geográficos e históricos de la vida de nuestras ciudades, seguido posteriormente con una encuesta sociológica propiamente dicha que otorgue elementos para elaborar una lectura complementaria⁶. De este modo, consistiría en un estudio regional, localizado y por lo cual realizable⁷. La importancia histórica y geográfica es fundamental para Geddes, ya que sostiene que es necesario reconstruir en cada período histórico lo esencial de la vida local, ya que la historia es un medio para volver a penetrar la vida de la comunidad: “Esta vida de la ciudad, con su dimensión histórica, ni pertenece al pasado ni ha concluido todavía; sigue estando incorporada a las actividades y a los caracteres actuales de nuestra ciudad. Estos factores y los que eventualmente puedan surgir, determinarán su futuro”⁸.

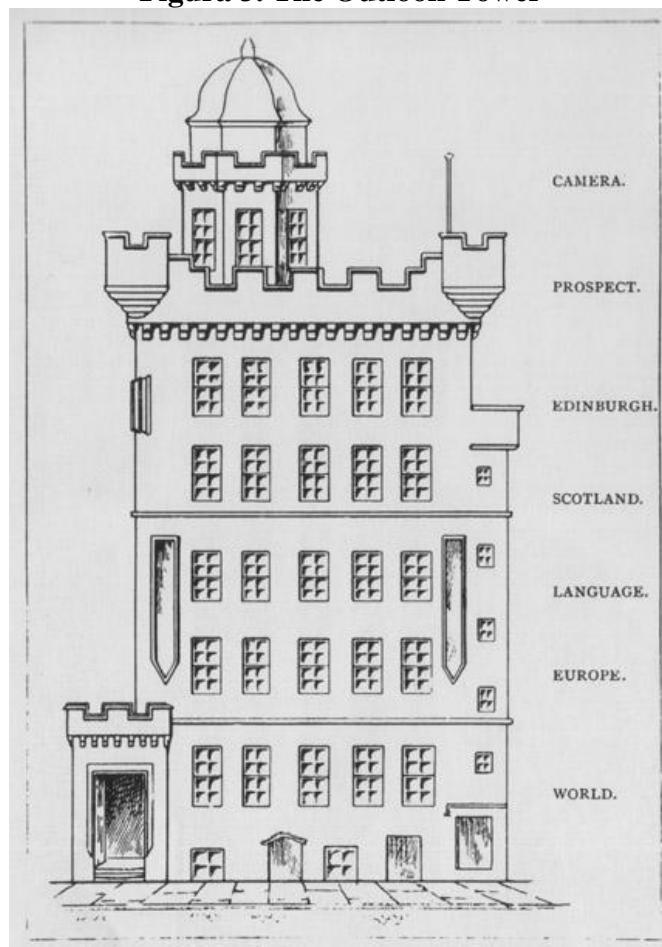
Es a partir de éste interés desde el punto de vista histórico y geográfico de la planificación regional que lo lleva a crear The Outlook Tower en Edimburgo (al que podríamos denominar como el primer observatorio urbanístico) (Figura 3). Geddes critica a los ciudadanos por no poder enseñarse entre ellos acerca de sus propios derechos cívicos; argumentando que el problema radica que ellos “han olvidado gran parte de la historia de su propia ciudad”. Para lo cual, propone dos maneras de remediarlo: un estudio histórico-regional y The Outlook Tower, a fin de permitir a los ciudadanos que recolecten ideas olvidadas de la región del valle y la región-ciudad. Posteriormente, Geddes propone esta torre de observación como un prototipo a realizar en otras ciudades (aunque no se construye ninguno).

⁶ Estudio sobre la situación de la población, sus ocupaciones, los salarios, el nivel cultural, etc., complementando con las estadísticas de los informes parlamentarios y municipales.

⁷ Geddes con esta propuesta critica los “estudios utópicos” que resultaban ser los estudios tradicionales y contemporáneos a su época.

⁸ Geddes, P. (1915) “Cities in Evolution” Traducido por Choay, F. (1976) .

Figura 3. The Outlook Tower



Fuente: WELTER, V. M. *Biopolis. Patrick Geddes and the City of Life*. Massachusetts : MIT Press, 2002, p. 79.

En Estados Unidos, Lewis Mumford (1895-1990) resulta discípulo y uno de los principales difusores del mensaje de Geddes; ya que, al igual que éste ve a la ciudad como centro neurálgico⁹. Mumford es uno de los fundadores de la *Regional Planning Asociation of America* en 1923, la cual se constituye en Nueva York integrada por arquitectos, planificadores, sociólogos, economistas, teniendo una fuerte connotación humanista. La misma coloca como discusión la importancia de la ciudad-región en un momento en que EE.UU. se limitaba a recrear la imagen de las ciudades europeas. Además de reivindicar las dimensiones culturales e históricas, tiene un enfoque crítico frente al avance indiscriminado de la tecnología, alertando sobre los posibles impactos negativos de la misma. En 1925, es el editor de *Survey*, una revista que resulta manifiesto de la Asociación para la Planificación Regional, en esta revista Mumford escribe: “Este es el ejemplar que la revista *Survey Graphic* ha dedicado a la Planificación Regional. Debe sus ideas esenciales a un escocés de larga barba cuya curiosidad no le permitirá descansar hasta que, desde de su Torre de Vigilancia en

⁹ De ahí que cargue al problema del urbanismo todas sus dimensiones culturales e históricas, negándose de reducirlo a un aspecto exclusivamente técnico (Choay, 1976).

Edimburgo, haya comprendido el bullicio de la civilización, la tierra que la ha sustentado y que, a pesar de las chapuzas humanas, la ha alimentado. Este ejemplar ha sido realizado por un grupo de insurgentes que, como arquitectos y urbanistas, constructores y reconструкторes, ha intentado remodelar ciudades a la manera convencional, pero habiendo comprobado que era un trabajo de Sísifo, se ha atrevido a creer en el nuevo concepto de Región” (Mumford, 1925, citado por Hall, 1996, p. 160).

Una de las tareas más significativas y donde se llevan a cabo las ideas más radicales de la Asociación para la Planificación Regional fue en el Valle de Tennessee, lugar en el que realizan una planificación integral de esta región fuertemente afectada por una crisis generalizada de empleo y pobreza. Esta planificación en el río Tennessee en Alabama, Estados Unidos, deja una huella indeleble en ese territorio y en la manera de concebir de un modo integrador las operaciones de planificación. De este modo, Mumford retoma la tríada de Geddes, focalizándose en el *Folk Planning*, ya que “la planificación regional no se pregunta sobre la extensión de la zona que puede ponerse bajo el control de la metrópolis, sino de qué modo la población y los servicios cívicos pueden distribuirse de manera que permitan y estimulen una vida intensa y creativa en toda la región – considerando que una región es un área geográfica que posee una cierta unidad de clima, vegetación, industria y cultura. El regionalista tratará de planificar este espacio de modo que en todos los lugares y fuentes de riqueza, desde el bosque a la ciudad, desde las montañas al mar; puedan desarrollarse equilibradamente, y que la población esté distribuida de modo que utilice sus ventajas naturales en lugar de anularlas y destrozalas. Contempla a la gente, la industria y la tierra como una sola unidad” (Mumford, 1925, citado por Hall, 1996, p. 162).

Carl O. Sauer (1889-1975)

Carl O. Sauer, geógrafo estadounidense, es quien profundiza en el análisis de las transformaciones del paisaje natural en paisaje cultural debido a la acción del hombre, estudiando la relación cambiante entre hábitat y hábitos (Sabaté, 2002). En 1925 escribió *The Morphology of Landscape* en el cual distinguió dentro del paisaje dos componentes diferenciados: el paisaje natural (*Natural Landscape*, equivalente al *Urlandschaft*) y el paisaje cultural (*Cultural Landscape*, equivalente al *Kulturlandschaft*) que constituye el paisaje transformado por la acción del hombre (Figura 4). Entonces, el paisaje natural resulta el área anterior a la introducción de la actividad humana, representada por un cuerpo de hechos morfológicos; mientras que las formas introducidas por el hombre constituyen otro conjunto denominado como paisaje cultural. Entonces, puede haber una sucesión de paisajes culturales correspondiente a una sucesión de culturas. En cada caso se derivan del paisaje natural, ya que el hombre resulta agente distintivo de modificación en la naturaleza. De este modo, el paisaje natural es sometido a transformación por las manos del hombre, siendo el último y más importante factor morfológico. El hombre a través de sus culturas, utiliza las formas naturales, alterándolas o inclusive destruyéndolas en algunos casos. Según sus palabras “el paisaje es una asociación de formas naturales y culturales existentes en la superficie terrestre” (Sauer, 1925). De este modo, analiza principalmente la transformación de los paisajes naturales en paisajes culturales por la acción de las diversas culturas. Sauer plantea la necesidad de una Geografía que estudie las formas de la cultura existentes en

el paisaje. Se genera entonces un diálogo fluido entre Berkeley (donde pertenecía Sauer) y la ya mencionada *Landschaftsgeographie* alemana, interesada también por el estudio de los paisajes culturales (Nogué, 1989).

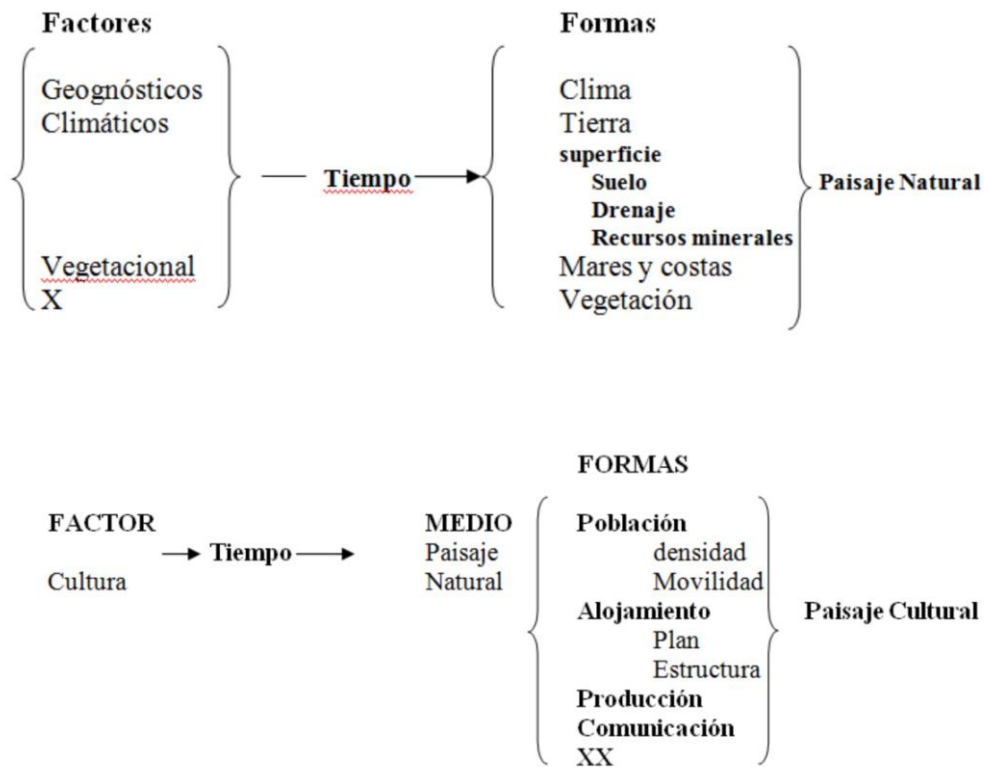
Para Sauer, los objetos que existen juntos en el paisaje existen en interrelación y constituyen una realidad de conjunto que no es expresada a través de la consideración de sus partes por separado; estando el paisaje a su vez sujeto a desarrollo y cambio. Define entonces al paisaje como un área compuesta por una asociación distintiva de formas, tanto físicas¹⁰ como culturales. A su vez sostiene que el paisaje se encuentra en continuo proceso de desarrollo o de reemplazo y es únicamente en términos de sus relaciones en el tiempo y en el espacio que podemos formarnos una idea del mismo.

En síntesis, Sauer nos viene a decir que el paisaje cultural es creado por un grupo cultural a partir de un paisaje natural: “La cultura es el agente, el área natural es el medio, el paisaje cultural es el resultado. Bajo la influencia de una determinada cultura, cambiante ella misma a lo largo del tiempo, el paisaje se ve sujeto a desarrollo, atraviesa por fases, y alcanza probablemente el fin de su ciclo de desarrollo. Con la introducción de una cultura diferente (esto es, proveniente de fuera) se establece un rejuvenecimiento del paisaje cultural, o un nuevo paisaje cultural es sobreimpuesto a los remanentes de otro anterior. El paisaje natural, por supuesto, es de fundamental importancia, pues proporciona los materiales a partir de los cuales es formado el paisaje cultural. La fuerza moldeante, sin embargo, radica en la cultura misma” (Sauer, 1925).

Sauer en conjunto con geógrafos de la escuela de Berkeley otorgan a la idea de paisaje una imagen compuesta a un territorio, un lugar concreto, el cual se caracteriza por una cultura coherente y estable. Desarrollan de este modo una metodología inductiva para comprender y poner en valor territorios históricos, a través de recopilación de datos, mapas históricos, relatos de viajeros, encuestas, entre otros; analizando como los elementos del paisaje vernacular se desplazan de un lugar a otro, identificando los patrones de migración cultural. Es así que, Sauer en sus estudios analiza detalladamente las transformaciones territoriales por acción humana, como así también los efectos de esta acción sobre la tierra, el agua, las comunidades bióticas, etc. Sus investigaciones sobre los Paisajes Culturales se difunden en numerosos textos y congresos.

¹⁰ Carl O. Sauer hace hincapié en que las cualidades físicas del paisaje, son aquellas que tienen valor de hábitat, actual o potencial. Éstas son significantes para el hombre como lo son las formas de su uso del área. Hechos de sustento físico u hechos de cultura humana.

Figura 4. Paisaje Natural y Paisaje Cultural



Fuente: SAUER, C. O. The Morphology of Landscape, en *University of California Publications in Geography*, 1925, vol. 2, nº. 2, p. 19-53. October 12, 1925. Traducción de Guillermo Castro H. [En línea].

Sin embargo posteriormente, como explica Joaquín Sabaté (2002), su extenso legado sobre paisajes culturales deriva hacia visiones más descriptivas del paisaje, o posturas más políticas y administrativas (como se retoma en la UNESCO a finales del siglo XX), frente a lo cual Sabaté en el siglo XXI propone una definición más sencilla, que retoma la esencia de las investigaciones de Sauer: “Paisaje cultural es un ámbito geográfico asociado a un evento, a una actividad o a un personaje histórico, que contiene valores estéticos y culturales. Paisaje cultural como registro del hombre sobre el territorio, un texto que se puede escribir e interpretar, pero asimismo reescribir; entendiendo el territorio como construcción humana; paisaje cultural es la huella del trabajo sobre el territorio, algo así como un memorial al trabajador desconocido”.

HACIA UNA RELECTURA DEL PAISAJE Y LA REGIÓN

En la segunda mitad del siglo XX, si bien las corrientes neopositivistas toman fuerza, a su vez existe un fuerte descontento hacia éstas en el que se cuestionan los aspectos esenciales de esa concepción. Cobra fuerza nuevamente la “comprensión” como vía para entender las motivaciones de los actos humanos, profundizando hacia la interpretación de los hechos observados, a fin de llegar al conocimiento a través de una experiencia vital completa. Se utilizan métodos antropológicos de investigación así

como también se reivindica la herencia historicista, a fin de recuperar la mente histórica del investigador (una mente que no sólo entiende el presente, sino que recurre permanentemente al pasado). De este modo, el investigador descubre el espesor del conflicto del territorio actual a través de una conciencia histórica. Como explica Corboz (1983), en este período surge una lectura del territorio con una orientación que pretende identificar las huellas que subsisten a los procesos territoriales desaparecidos. Por lo cual, se considera así al paisaje no como un campo de acción abstracto sino como el resultado de una estratificación muy larga y muy lenta que es necesario conocer para tratar de modificar. Entonces, se restituye al territorio una densidad que estaba olvidada, recobrando una mayor dimensión. A partir de esta postura se profundiza el concepto de región, visto como el lugar donde confluyen las distintas acciones naturales y humanas, el sitio donde el hombre deja su huella. A continuación, se presentan estas líneas de pensamiento a través de tres tendencias: postura fenomenológica, hermenéutica y lingüística; geografía radical; y enfoque humanista.

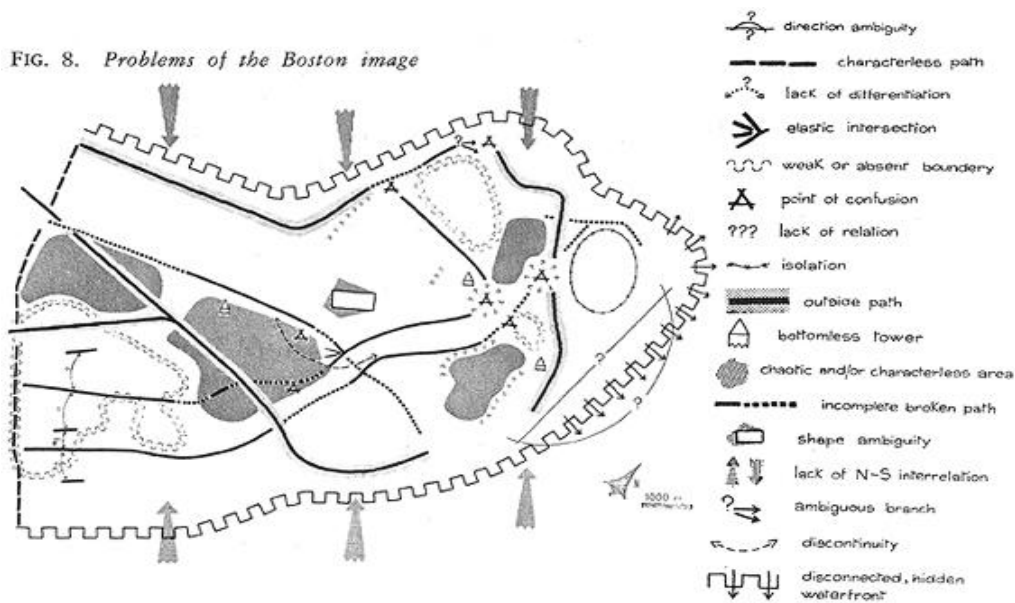
Postura fenomenológica, hermenéutica y lingüística

Dentro de esta postura, dos corrientes adquieren un protagonismo especial en cuanto a la revalorización de los procesos de conciencia y de la experiencia personal, frente al reduccionismo del positivismo. Éstas son la fenomenología y el existencialismo, las cuales impulsan el desarrollo en las ciencias sociales a la preocupación por la vida cotidiana, la valorización de la observación participante del investigador, recuperando el campo de la experiencia personal frente a las abstracciones positivistas. Se introduce así, la cuestión psicológica y el tema del comportamiento; utilizándose para poner en evidencia las insuficiencias de los modelos teóricos elaborados por las geografías cuantitativas. Es así que, la geografía de la percepción y del comportamiento ha tenido una importancia fundamental en este campo, reivindicando el comportamiento social como una información para la toma de decisiones. En este sentido, la incorporación de las teorías del comportamiento (*behavioristas*), produjo aportes inéditos en el campo de la geografía. A su vez, se relaciona a los problemas de la percepción abordados desde la década de 1960, como los estudios de Kevin Lynch sobre *La imagen de la ciudad*, en relación a la percepción popular de las condiciones del medio. Como explica Capel (1981, p. 425), “la percepción de las catástrofes naturales, de las condiciones climáticas o físicas del medio, la evaluación de los recursos y las actitudes ante el medio, la percepción del paisaje y del paisaje urbano en particular, las imágenes espaciales y los mapas mentales, la conciencia territorial y regional, son algunos de los sugestivos temas descubiertos por los geógrafos desde los años 1960. En definitiva es el espacio vivido tal como es vivido realmente, y los mecanismos de percepción y de ajuste como el medio geográfico lo que, a través de todo ello, empieza a interesar, enlazando de esta forma con los enfoques fenomenológicos y existenciales a los que antes hacíamos referencia”.

Kevin Lynch, si bien estudió arquitectura, asimismo realizó estudios de psicología y de antropología, lo cual le ha llevado a un nuevo planteamiento del problema urbano, llamando la atención especialmente el punto de vista de la conciencia perceptiva, lo que lo ha llevado a realizar una investigación sobre “la forma perceptiva de la ciudad”,

trabajo financiado por la Fundación Rockefeller¹¹, en el cual trata de recuperar la imagen de la ciudad a través de sus habitantes. Según Kevin Lynch (1960, p. 9) la ciudad comprende “en cada instante más de lo que la vista puede ver, más de lo que el oído puede oír, un escenario o un panorama que aguarda ser explorado. Nada se experimenta a sí mismo, sino siempre en relación con sus contornos, con las secuencias de acontecimientos que llevan a ello, con el recuerdo de experiencias anteriores. (...) Todo ciudadano tiene largos vínculos con una u otra parte de su ciudad, y su imagen está embebida de recuerdos y significados”. A través de encuestas, entrevistas y observaciones del comportamiento sobre cómo los ciudadanos utilizan la ciudad; Lynch fundamenta que el mapa de la ciudad no es un mapa mudo, ya que el territorio de la ciudad también se construye a través de diversos imaginarios urbanos. Es así que la imagen de la ciudad varía significativamente según quien la observa, con lo cual hay que analizar y tener en cuenta las distintas miradas en el proceso de investigación (Figura 5). De este modo, las teorías de la percepción hacen hincapié en que la realidad está constituida tanto por sus presencias como por sus ausencias, o sea, no es solo lo que se ve. Justamente, es el paisaje el concepto elegido para aplicar una ontología de lo visible; porque el paisaje constituye tanto la realidad física como la representación que hacemos culturalmente de él; “la fisonomía externa y visible de una determinada porción de la superficie terrestre y la percepción individual y social que genera; un tangible geográfico y su interpretación intangible. Es, a la vez, el significante y el significado, el continente y el contenido, la realidad y la ficción” (Nogué, 2007).

Figura 5. Kevin Lynch en “La Imagen de la Ciudad”



Fuente: LYNCH, K. *La imagen de la ciudad*. Buenos Aires: Ediciones Infinito, 1970 (1° Ed. 1960).

¹¹ Los trabajos promovidos en esas décadas por la fundación Rockefeller apoyaban las investigaciones de carácter multicapa de la ciudad; planteaban el paradigma de la ciudad como un hecho dinámico que había que recomponer y comprender. (Choay, 1976)

Geografía radical

A principios de la década de 1970, esta reacción contra el paradigma cuantitativista, generó la creación de un “movimiento crítico radical”. Se utiliza la palabra radical, ya que pretende contribuir a los cambios revolucionarios que la sociedad necesita. Dicho movimiento demuestra la insatisfacción de sus integrantes contra las pretensiones de neutralidad de la geografía cuantitativa, como a su vez de sus modelos simplificados. Se buscan así, nuevos temas de estudio como los *ghetos*, los pobres, las condiciones de la vida urbana, entre otros. Es así que, surge este enfoque alternativo bajo las bases del marxismo. Como sostiene David Harvey, era necesario: “explorar esta zona del conocimiento en la que ciertos aspectos del positivismo, del materialismo y de la fenomenología coinciden en parte, para proporcionar adecuadas interpretaciones de la realidad social” (Capel, 1981, p. 434).

El modelo humanista

A su vez, otra gran corriente dentro del modelo radical pero retomando enfoques fenomenológicos y existencialistas, resulta ser la “humanista”. La misma reacciona contra el enfoque abstracto, objetivo y determinista del hombre y propone en cambio un estudio comprensivo, que permita un conocimiento de empatía mediante la experiencia vital concreta. Se destaca, entonces, las características propiamente “humanas” como ser: los significados, valores, propósitos y objetivos de las acciones del hombre. De este modo, la corriente humanista retoma la dimensión subjetiva, la experiencia personal y se busca un mapa mental (que poseen los individuos) que no coincide necesariamente con la representación gráfica objetiva. A su vez, se recurre al espacio; el cual está lleno de valoraciones y significados, a través de los cuales se permite organizar la visión de un paisaje o tomar decisiones sobre la actividad a desarrollar. Justamente es resultado de estas valoraciones el sentido de pertenencia o de rechazo en relación a un lugar. En este sentido, es que “el paisaje es un lugar”, el cual puede convertirse en símbolo de nuestras aspiraciones, frustraciones, emociones y experiencias pasadas y presentes (Nogué, 1989). Como explica Capel (1981, p. 443): “los hombres no se mueven en un espacio en abstracto, sino en un espacio concreto y personal, que es un espacio vivido, mentalmente modelado a partir de la experiencia”. Por lo cual, se traslada al “lugar” el ámbito de la experiencia vivida y la existencia real (contraponiéndose al concepto de espacio, que es abstracto). Existe entonces una revalorización del sentido del “lugar”, a partir de la vinculación afectiva del mismo, siendo único, concreto, y teniendo un paisaje que es esencialmente un paisaje cultural.

UNA LECTURA CONTEMPORÁNEA. EL TERRITORIO COMO SISTEMA CULTURAL

El siglo XXI se caracteriza por la complejidad, que abarca e interactúa en todos los campos. La misma lleva en su seno, incertidumbre, interdependencia y transformación. Es así que, resulta inevitable acudir a un pensamiento complejo; el cual anima permanentemente entre un saber no parcelado, no dividido, no reduccionista, pero a su vez reconoce lo inacabado e incompleto de todo conocimiento. Edgar Morin (2005)

sostiene que el conocimiento científico fue concebido durante mucho tiempo como responsable de la misión de disipar la aparente complejidad de los fenómenos, a fin de revelar el orden simple al que obedecen a partir de modos simplificadores de conocimiento que mutilan la organización del conocimiento, incapaces de aprehender la complejidad de lo real. De manera que, Morin fundamenta que las verdades profundas, antagonistas unas de otras, resultan complementarias (sin dejar de ser antagonistas), a fin de nunca reducir a la fuerza la incertidumbre y la ambigüedad. De este modo, el concepto de incertidumbre resulta uno de los conceptos claves del pensamiento contemporáneo. Se introduce el mismo en las ciencias del territorio desde dos perspectivas, por un lado reconocer y aceptar que las dinámicas de cambio son componentes necesarias del territorio, ya que, a través de la superposición de capas se indican componentes de permanencia y transformación; por el otro, es la percepción actual más acelerada del cambio. Ésta, es una componente cultural que además induce a suponer que el futuro tiene un principio de incertidumbre mayor que algunas décadas atrás.

La planificación territorial se ha renovado de una manera no lineal en distintos momentos de su desarrollo, a partir de una serie de continuidades y de rupturas que ha dado lugar a nuevos planteamientos y nuevas concepciones, pero a su vez también generando nuevas miradas en torno a nociones anteriores. La planificación contemporánea es un espacio de reflexión, en el cual convergen diversas ópticas disciplinares, de modo tal, que confluyen diversas líneas de investigación y reflexiones epistemológicas. Dentro de esta re-lectura del paisaje cultural y de región cobra un interés particular la mirada cultural sobre la ciudad y el territorio. En este sentido, el ordenamiento no se concibe simplemente desde el punto de vista físico-espacial del territorio sino, se aborda desde el concepto de paisaje como expresión de una cultura a partir de todo el espesor que le precede y que confluye en un determinado ambiente. Territorio no como un simple dato permanente e inmutable, sino como resultado de un continuo proceso de transformación, un sistema complejo en continua evolución (Sabaté, 2008). Como plantea Corboz (1983), el territorio no es un dato sino el resultado de diversos procesos; el cual se modifica espontáneamente tanto por factores naturales como también por intervenciones humanas: “Los habitantes de un territorio nunca dejan de borrar y de volver a escribir en el viejo libro de los suelos”.

Maurizio Carta (1999) al proponer mirar el territorio como sistema cultural, plantea que la idea de comprenderlo de este modo implica otra manera de pensar los límites del desarrollo pensados en el paradigma cuantitativo; ya que, no sólo se debe abordar el aspecto físico, energético y demográfico, sino también cultural, sociológico y antropológico. Es así que, complementa cuestiones cuantitativas con un enfoque humanista, que parte de considerar que el territorio resulta sistema de signos portadores de desafíos, interpretaciones, valores y desarrollo; incluye en esta visión que el conocimiento constituye raíz de esta armazón cultural (retomando así el pensamiento de Geddes). De este modo, se genera una simbiosis entre el palimpsesto de capas históricas y culturales, junto al desarrollo contemporáneo urbano-territorial. La presencia en la planificación de la valoración de las componentes culturales parece ser un camino que plantea el fortalecimiento de los vestigios de la forma cultural siendo a su vez una manera de ingresar en la construcción tanto de la propia identidad como de la sostenibilidad social y política del propio territorio. Carta plantea que la consecuencia

de aceptar vivir en un mundo de gran complejidad con significados históricos y actuales, es que la planificación debe ser capaz de afrontar nuevas problemáticas; con lo cual propone trabajar sobre tres nudos:

- 1) Incertidumbre, entre el mantenimiento de los valores históricos y su sustitución, entre la transformación de las variables y la protección de las invariantes, entre la formalidad de las normas y la informalidad de los procedimientos.
- 2) Multiplicidad, la cuestión de la multidimensionalidad de los indicadores y de su capacidad de identificar diferentes aspectos de la evolución de los territorios y de las comunidades.
- 3) Conflicto, entre la conservación e innovación, entre expansión y recuperación, entre cantidad y calidad.

Dentro de ésta línea de reflexión de la planificación contemporánea, Joaquín Sabaté (2008) parte de considerar al territorio como un sistema complejo en continua evolución, el cual experimenta cambios difícilmente previsibles. Se requiere, de este modo, una dinámica de consideración de escenarios diversos a partir de la combinación de factores como tiempo, espacio y estrategias. Es fundamental, también, la utilización de miradas interescales, ya que la complejidad requiere siempre el abordaje de distintas escalas. Es necesario trabajar a su vez con el reconocimiento de la historia y con una actitud de respeto hacia el código genético y la cultura del territorio; aprovechando la identidad histórica en conjunto con las posibilidades de las nuevas tecnologías, a través de acciones de componentes diversos interrelacionadas entre sí, a fin de fundir la historia cultural (con origen en el pasado) con el planeamiento y con la voluntad de proyectar el futuro.

CONCLUSIÓN

En el último siglo se experimentaron constantes cambios en las ciencias del territorio, sin embargo ningún paradigma eliminó al anterior sino que se produjeron predominancias momentáneas. De modo tal que, el enfoque cuantitavista no eliminó las visiones regionalistas, ni viceversa. Pero aún así, han resultado enfoques enfrentados en el debate entre la preocupación por comprender la complejidad y particularidad de un área determinada (como resulta ser la región) y una mirada opositora que planteaba una intensa búsqueda de leyes empíricamente generalizables (aplicables a cualquier lugar). En el siglo XXI, surge el convencimiento de que tal oposición no tiene sentido y que debería ser perfectamente posible establecer y complementar la relación entre lo general y lo particular (Nogué, 1989). Existe un espacio de oportunidad y de reflexión epistemológica al integrar la visión comprensivista, histórica, cultural y ambiental, que pone foco en el espacio vivido a través de la sucesión de capas del palimpsesto territorial con los parámetros de determinadas posturas y nuevas técnicas de los enfoques cuantitativas. Como explica Ernst Cassirer (1906, citado por Capel, 1981, p. 448): “la filosofía crítica en vez de pronunciar un fallo favorable a uno de los litigantes, tiene que contentarse con comprender y defender los intereses de ambos”, ya que “si bien las dos posiciones se excluyen entre sí en cuanto dogmas, consideradas como

principios y orientaciones del conocimiento no sólo pueden coexistir, sino se complementan mutuamente”.

Es así que, resulta necesario desde nuestro campo disciplinar encontrar el modo de pensar desde la complejidad como metodología de la acción cotidiana. Se requiere reflexionar e integrar los diversos avances y enfoques a lo largo de la historia. De articular los conceptos de región y paisaje cultural, como hemos visto a través de las figuras de Hettner, Vidal de la Blache, Brunhes, Geddes, Sauer, entre tantos otros en este último siglo, ya que el estudio de cualquier espacio de la experiencia humana requiere que sea multifacético (debido a que la mente humana no existe sin tradiciones sociales, genéricas, étnicas, porque el mundo es entendido por seres biológicos y culturales al mismo tiempo). Por lo cual, debemos evitar sucumbir a la tentación de un pensamiento reduccionista y simplificador, que resulta mutilante al conocimiento¹². De lo contrario, es necesario integrar, dialogar, complementar diversas miradas, enfoques y herramientas propositivas; a fin de asumir la complejidad del territorio contemporáneo.

Es así que, los paisajes culturales y el estudio regional aparecen como conceptos integradores que permiten nuevas claves de lectura y oportunidad en la planificación del siglo XXI. Ambos abordan la identidad de la región, la expresión de la memoria a modo de un proyecto abierto, dinámico, que se enriquece sucesivamente. De este modo, el paisaje cultural resulta eje central en la planificación contemporánea, considerando al mismo como realidad en continuo cambio; el paisaje y la región como factor de transformación. Hoy más que nunca frente a la banalización y la globalización de tantos paisajes hay que apostar por intervenir conservando su identidad, valorando su memoria y su código genético. Como sostiene Joaquín Sabaté: “en la identidad del territorio está su alternativa de progreso y desarrollo de la sociedad que lo conforma” (Sabaté, 2006). Es así que estos conceptos contienen el germen de una nueva cultura del territorio sobre la cual es necesario trabajar para hacer más efectivas nuestras acciones a fin de concebir un cambio en la concepción de políticas territoriales y culturales, como instrumento para pensar el pasado e imaginar el futuro.

BIBLIOGRAFÍA

CAPEL, Horacio. *Filosofía y ciencia en la geografía contemporánea*. Barcelona: Editorial Barcanova, 1981. 509 p.

CARTA, Maurizio. *L'armatura culturale del territorio. Il patrimonio culturale como matrice di identità e strumento di sviluppo*. Milán: Franco Argeli, 1999. 408 p.

CHALMERS, Alan. *¿Qué es esa cosa llamada ciencia? Una valoración de la naturaleza y el estatuto de la ciencia y sus métodos*. México: Editorial Siglo XXI, 1990. 264 p.

CHOAY, Francois. *El Urbanismo. Utopías y Realidades*. Barcelona: Editorial Lumen, 1976. 539 p.

¹² Marcelo Pakman en Prólogo de *Introducción al pensamiento complejo* (Morin, E., 2005).

CORBOZ, André. El territorio como palimpsesto. *Revista Diogéne*, 1983, n° 121, p.14-35.

CUERVO GONZÁLEZ, Luis Mauricio. *Pensar el territorio: los conceptos de ciudad-global y región en sus orígenes y evolución*. Santiago de Chile: Publicación de las Naciones Unidas, 2003. 60 p.

HALL, Peter. *Ciudades del mañana. Historia del urbanismo en el siglo XX*. Barcelona: Ediciones del Serbal, 1996. 495 p.

KUHN, Thomas. *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1971.

LYNCH, Kevin. *La imagen de la ciudad*. Buenos Aires: Ediciones Infinito, 1970 (1° Ed. 1960). 208 p.

MARDONES, Juan Manuel. *Filosofía de las ciencias humanas y sociales: Materiales para una fundamentación científica*. Barcelona: Anthropos, 1994. 415 p.

MARTÍNEZ DE SAN VICENTE, Isabel. De las reservas naturales a los paisajes culturales. Nuevos criterios en la ordenación del territorio. *Revista del Centro Marina Waisman*, n° 8, Córdoba.

MORIN, Edgar. *Introducción al pensamiento complejo*. Barcelona: Gedisa, 2005. 168 p.

NOGUÉ, Joan. Territorios sin discurso, paisajes sin imaginario. Retos y dilemas. *Revista Ería*, 2007, n° 73-74, p. 373-382.

NOGUÉ, J. Espacio, lugar, región: Hacia una nueva perspectiva geográfica regional. *Boletín de la Asociación de Geógrafos Españoles*, 1989, n° 9, p. 63-79.

SABATÉ, Joaquín. De la preservación del patrimonio a la ordenación del paisaje. [En línea] *Revista Ambiente Digital*, 2002, n° 98. <<http://www.revista-ambiente.com.ar/imagenes/99/Joaqu%EDn%20Sabat%E9.pdf>>. [Consulta: 15 julio 2011].

SABATÉ, Joaquín. De la preservación del patrimonio a la ordenación del paisaje. *El paisaje y la gestión del territorio*. Barcelona: Diputació de Barcelona, 2006.

SABATÉ, Joaquín. *Proyectar el territorio en tiempos de incertidumbre. Camp de Tarragona: proyectos para una nueva configuración territorial*. Barcelona: Universidad Politécnica de Catalunya, 2008. 143 p.

SAUER, C. O. *The Morphology of Landscape*. *University of California Publications in Geography*, 1925, vol. 2, n°. 2, p. 19-53. October 12. Traducción de Guillermo Castro H. [En línea]. Disponible en

<<http://historia.ucr.ac.cr/cmelendez/bitstream/123456789/295/1/carlsauerlagegestioncarlsa uerlagegestiondelhombree.pdf>>. [Consulta: 9 agosto 2011].

WELTER, V. M. *Biopolis. Patrick Geddes and the City of Life*. Massachusetts: MIT Press, 2002. 355 p.

© Copyright Cecilia Inés Galimberti, 2013.

© Copyright *GeoGraphos*, 2013.



GIECRYAL
GRUPO INTERDISCIPLINARIO DE
ESTUDIOS CRÍTICOS Y DE AMÉRICA LATINA